

EVOCACIÓN DE MACHADO, DESPUÉS DE VISITAR SU TUMBA*

Con la más profunda emoción diré unas palabras —en la clausura de este histórico e inolvidable Congreso Plural sobre el Exilio del 39— respondiendo a la más honrosa invitación que, como sobreviviente de ese exilio, podía yo imaginar: la de evocar aquí, en Collioure, la figura del primer y más grande exiliado y, a la vez, del primero —entre los grandes— que bajo el peso insostenible del destierro murió en el exilio.

Desde que hace sesenta años nos vimos forzados miles y miles de españoles a vivir en tierra ajena, Antonio Machado ha sido para nosotros un árbol vigoroso a cuya sombra nos acogíamos en los trances más dolorosos y frustrantes del exilio. Así, en los años primeros, en los que —tras las esperanzas puestas, infundadamente, en las llamadas “democracias occidentales”— éstas acabaron por tender la mano al déspota.

Resaltaba entonces la clarividencia de Machado —en plena guerra— denunciando infatigablemente la hipócrita doctrina de la “no intervención”, así como el avasallamiento de los principios de libertad, soberanía y justicia por los sórdidos intereses de la política de los políticos “realistas” convencidos —decía Machado— “de la perfecta inanidad de la ética”.

A la política opuesta, impregnada de moral, que exige la fidelidad a los principios más nobles, sirvió siempre Antonio Machado. Y la sirvió no por su adhesión a este o a aquel partido, sino

* Palabras pronunciadas en el acto de clausura del Congreso Plural Setenta Años Después, realizado en Collioure y publicado con el título “Evocando a Antonio Machado”, en Manuel Aznar Soler, *Las literaturas del exilio republicano de 1939*. Barcelona, Grupos de Estudios del Exilio Literario, 2000, t. 2, pp. 685-688.

pura y sencillamente como hombre, como el hombre que vale ante todo por serlo (si aplicamos a él el rasero que el propio Machado estableció con estas palabras: “Por mucho que valga un hombre nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre”).

Ciertamente esto no significa, en modo alguno, disminuir un ápice al gran poeta que lo expresa y cuya altura en el firmamento poético en lengua española no ha hecho más que elevarse con los años. Poesía machadiana que comprende, esencialmente también, su poesía política, de guerra.

Evocamos, pues, al hombre que la hizo y que, con las agudas reflexiones de su Juan de Mairena y su conducta serena, pero firme, se mostró —en la guerra— al lado del pueblo. En ella no había nada sorprendente; era la consecuencia que se podía esperar de una trayectoria vital e ideológica coherente, desde que el 14 de abril de 1931 izó la bandera republicana en el Ayuntamiento de Segovia y, desde que en los años posteriores se mantuvo fiel a la posición política —sin partidismo político— que había expresado con estas sencillas y claras palabras: “Mi posición en política es hoy la misma de siempre. Yo soy un viejo republicano para quien la voluntad del pueblo es sagrada. Toda mi vida estuve frente a los gobiernos que, a mi juicio, no lo representaban”.

Nada más ni nada menos es lo que explica que estuviera siempre —y por tanto— en la guerra al lado del pueblo. El republicano entusiasta de los años anteriores a la guerra, el poeta que durante ésta pone su poesía al lado del pueblo y que argumenta con sus reflexiones la fortaleza de su causa, es —por todo ello— un firme valedor de los principios y valores que los republicanos defendían con las armas en la mano. Pero Machado es también, después de su derrota militar —no política ni moral— el paradigma del desterrado, del hombre que, al verse forzado a abandonar su tierra, se queda en vilo, en el aire, sin centro ni raíz. Pero el destierro de Machado, su desarraigo, fue tan efímero que apenas duró veintiséis días.

Vivir forzosamente fuera de la patria, en tierra ajena, no era para él propiamente vivir, sino morir. La idea del destierro y

del terrible fin que a él asociaba, la había expresado antes de convertirse en realidad con estas palabras: “Cuando pienso en un posible destierro, en una tierra que no sea esta atormentada tierra española, mi corazón se llena de pesadumbre. Tengo la certeza de que el extranjero significaría para mí la muerte”. Terrible profecía, que se vuelve aún más terrible al cumplirse los veintiséis días de haberse visto forzado a abandonar “esta atormentada tierra española”.

Desde el momento mismo de su llegada a Collioure, Machado empieza a morir, como lo prueba el que dejara de hacer lo que para él era la vida misma: poesía.

Había pasado la frontera como centenares de miles de desvalidos compatriotas, sin recurso económico alguno, y prácticamente con la soledad, “mi sola compañía”, si se exceptúan sus familiares y unos pocos amigos tan desvalidos como él.

Esos veintiséis días —no obstante la serenidad plena de su espíritu que testimonian sus amigos— debieron ser tristísimos para él. Debió de pensar, más que en él, en los muchos millares de compatriotas que, deshechos, hambrientos, de pasar la frontera, se enfrentaban a un destino pavoroso. Debió de pensar, asimismo, si tanto sacrificio habría merecido la pena, y él, seguramente, se habría contestado que, al vencer moralmente, aunque no militarmente, ese sacrificio no había sido en vano.

Y, finalmente, él, que en más de una ocasión había reflexionado sobre la muerte, debió de pensar en ella, no como objeto de una meditación filosófica, sino como una realidad a la que presurosamente se acercaba. Y debió comprobar, con el estoicismo de que dio muestras en su breve destierro, que se acercaba tal como había presentado en sus versos proféticos: “Y cuando llegue el día del último viaje, / y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, / me encontraréis a bordo ligero de equipaje, / casi desnudo, como los hijos de la mar”. Llega así la muerte en la tarde del miércoles 22 de febrero de 1939.

Nosotros, los desterrados de ayer, que hemos dejado en tierra ajena a tantos familiares, amigos y compatriotas, a lo largo de

treinta y cuatro años, sabemos muy bien lo que significa morir en tierra extranjera.

Mientras se vive en el exilio, se espera volver. Quien muere, se lleva consigo toda la esperanza que le daba vida. Pero el destierro de Machado fue tan efímero que ni tiempo tuvo para encender la llama de esta esperanza. Fue, por ello, su destierro el más doloroso.

Cuando a los pocos años de su muerte comenzaba a crecer la lista de los que morían en el destierro —lista que a los treinta y cuatro años cubriría casi la totalidad de los exiliados—, escribí pensando en Machado, el gran desterrado que murió por no poder soportar el destierro, este soneto que titulé “Desterrado muerto” y que me permito leer:

En la huesa ya has dado con tu empeño,
¡cuánta furia se queda sin batalla!
Enmudece la sangre; el pecho calla
y tu dolor cabalga ya sin dueño.

La tierra es tu mansión; la sepultura,
el albergue final de la jornada.
Por testamento dejas tu pisada,
la dulce huella de tu mano pura.

El destierro no para con tu muerte
que, implacable, dilata tu destino,
bajo la tierra misma prolongado.

Tú no descansas, no, con esta suerte
de muerte enajenada, con el sino
de estar bajo la tierra, desterrado.

En este soneto quise expresar la idea de que la muerte del desterrado —de la que es paradigma Antonio Machado— prolonga y reaviva los principios y valores (machadianos) por los que un día se vio forzado —como él— ha abandonar “esta atormentada tierra española”.